

ENCUENTRO CON EL TÍO SANTIAGO

En lo alto del risco hay un banco de madera muy erosionado por los vientos y el agua salada. El viejo camina con dificultad por el borde del acantilado, apoyándose en un bastón que resbala constantemente en la piedra húmeda.

Se detiene para tomar aire y mira el mar embravecido. Se encasqueta la gorra y continúa el ascenso. Ya en su banco cruza las manos sobre el bastón y mira el mar embravecido. De a ratos observa el sendero en espera de su sobrino que descansa en la cabaña.

La cabaña está a escasos treinta metros del borde del acantilado en una explanada rocosa. Un misterioso grupo de dragos cobija la cabaña de los alisios. A su pie hay vestigios de la existencia de un perro. Desde la puerta de la cabaña nacen dos senderos; uno se dirige a lo alto del risco, el otro hacia el camino que lleva a la ciudad.

La piedra desnuda y la teja, las aberturas de madera y una buganvilla roja que se aferra a la construcción, le otorgan a la cabaña un aire acogedor a pesar de la austeridad interior. Una sala que hace de cocina, comedor y dormitorio con unos pocos muebles constituyen todo el patrimonio de Santiago. Después de ser expulsado del ejército había deambulado trabajando aquí y allá hasta ingresar en prisión. A su salida se instala en la cabaña familiar.

Arturo había llegado la noche anterior. Su aspecto era el de un hombre agotado, destruido pero feliz. Ansioso por conocer, de boca de su tío, la historia de su propio padre y, en particular, de su abuela Lucía.

El viento se colaba con furia por las hendidias de la vieja puerta silbando en forma discontinua. Arturo busca algo para desayunar. El retrato oval de Lucía sigue sobre la mesa. Sobre él los gemelos de oro. Recoge el retrato y lo compara con el cuadro que cuelga en la pared. Se nota el paso de los años y la desgracia en el rostro de Lucía. Sale en busca de su tío. Desde la puerta ve su silueta recortada en el cielo gris, como una estatua en lo alto del promontorio.

Camina a su encuentro luchando con el viento que le impide avanzar. Intercambia unas palabras pero la fuerza del viento arrebató la gorra de su tío. Arturo intenta en vano hacerse con ella. La gorra hace unas piruetas en el aire y se lanza al vacío. Los dos la miran incrédulos. Molesto, su tío inicia la retirada hacia la cabaña.

EL HEREDERO

Valentín se pasea frente a los alumnos mientras explica los motivos que dieron origen al conflicto armado que se llamaría primera guerra mundial. Resume la biografía de Francisco Fernando, Archiduque de Austria y heredero del trono austrohúngaro cuando el bedel entra intempestivamente en clase para anunciarle que su mujer ha sido llevada al hospital.

“Lo siento chicos, ha llegado el heredero”, sonrío, mientras recoge sus cosas y se dirige al hospital.

En la sala de espera su impaciencia se hace notoria. El tiempo pasa y no tiene noticias. Finalmente sale un médico. Su cara es muy elocuente; las cosas no han salido bien. Hay dos niños en lugar de uno y están bien. Pero la madre ha sufrido un paro cardíaco. Lucía siempre había sido muy frágil y el esfuerzo pudo con ella.

Valentín se desploma en un asiento mientras el médico le habla. Las imágenes de Lucía se suceden. Es como un ángel que corre sobre la gramilla sin tocarla. Su atuendo colorido destaca en el verde. Le da alcance y la tumba sobre el césped; ruedan por la cuesta hasta el borde del estanque. Lucía sobre Arturo se mira en el espejo de agua, ensimismada. Unos patos blancos se acercan. Llegan dos enfermeras y le ayudan a levantarse. Le acompañan a la sala de cunas. Allí están los gemelos, solos, dormidos. Arturo se les queda mirando.

Lucía venía de Buenos Aires. Su madre había aceptado un trabajo en Montevideo. Era toda su familia y al fallecer se había quedado sola. Se ganaba la vida dando clases particulares.

Valentín sólo cuenta con la ayuda de Socorro, su vecina, que hará de nana cuando el profesor está ausente. Éste se cobija en sus clases de historia y en su activismo político.

RETRATO DE LUCÍA

El retrato gobierna la sala. Su forma ovalada le otorga cierto equilibrio a la chimenea de lados oblicuos. Su marco de madera ha sido restaurado pero la foto, en color sepia, ha ido perdiendo nitidez con el tiempo. La imagen en el centro del óvalo, el pelo recogido por una tiara casi imperceptible y un moño perfecto, de princesa, del que cuelga un rulo delgado y sutil. Sus ojos, ligeramente alargados, transmiten serenidad y firmeza. Su nariz pequeña en equilibrio con unos labios finos, inteligentes. Tendrá diecisiete años, quizás menos. Habrá cautivado a muchos señoritos pero no pudo escoger. Su marido, un próspero comerciante de maquinaria la arrastró de Madrid a las islas donde, apenas llegar tendría a los gemelos. Años después debería ponerse al frente del negocio pues su marido se había marchado tras una francesita.

Su belleza se hizo más poderosa con el tiempo aunque perdería su fragilidad. El negocio y el asedio constante de pretendientes endurecería su carácter. Dedicó su vida al negocio y a sus hijos pero éstos no hacían más que darle disgustos. Siempre tenían una excusa para pelear.

Cuando Santiago se juega la vida por su hermano ella tendrá que interceder ante el coronel Montesdeoca, jefe de las fuerzas en la región, para que no lo fusilen. Santiago es dado de baja del ejército. El precio es muy elevado pero Lucía está dispuesta a pagarlo. Se casará con el coronel, entregará su negocio al ejército y promete no volver a ver a su hijo.

El coronel había sido uno de los mejores clientes de la ferretería y eterno pretendiente. Su amor es sincero y sus modales fueron extremadamente corteses hasta el casamiento.

Ella está sentada en el jardín de la residencia de campo mientras el pintor ejecuta su obra. Lucía recuerda al fotógrafo francés que le acomodara la tiara en Madrid, El aroma de su cuerpo, demasiado cerca del suyo, era una mezcla de flores silvestres con tabaco dulzón. El viejo pintor no hacía más que pedirle quietud, en cambio el fotógrafo le exigía que se soltara, que relajara su cuerpo y su rostro.

En unas pocas sesiones el fotógrafo logró capturar su espíritu. En cambio el pintor estuvo visitando la casa y forzándola a posar erguida e inmóvil semanas enteras.

EL VIAJE

Valentín despierta en un pequeño camastro. Al incorporarse golpea su cabeza con la cama de arriba. Trata de levantarse pero se encuentra en un estado parecido a la borrachera. Observa como todo se mueve y trata de asirse a las paredes pero no hay nada de donde cogerse. Inspecciona la estancia y se asoma, levantándose con esfuerzo, al ojo de buey. Es noche cerrada y un leve resplandor le permite ver el horizonte que se mueve dentro del círculo de cristal. ¡Está en el mar! Lo último que recuerda es que su hermano le ofrecía un cigarrillo. La puerta está cerrada. La golpea con fuerza, hasta hacerse daño, pero nadie contesta.

Se sienta en el suelo, recostado a la pared de metal y ve debajo de la cama una maleta. La abre y comienza a inspeccionar los objetos que contiene. Algo de ropa. Una cajetilla de cigarrillos ilumina su rostro. Busca las cerillas y enciende uno.

Dos retratos. El de su madre Lucía y otro donde él y su hermano van de la mano de su padre. Recuerda esa foto y la disputa por los gemelos que su padre acostumbraba a llevar a misa. Pelean por su propiedad. El de la mano izquierda corresponde a Valentín y el de la derecha a Santiago. El padre zanja la pelea explicándoles que ambos son iguales pero que de nada sirve que se los dividan, que los gemelos deben ir juntos, inseparables. Ellos no comprenden la dimensión de las palabras de su padre y continúan la disputa por los relucientes gemelos.

Mientras se acaricia la cabeza tratando de mitigar el dolor provocado por la narcolepsia sigue revolviendo el contenido de la maleta. Una cartera con pesetas y una pequeña caja de cartón. Allí están los gemelos, los dos preciados gemelos de oro.

La vieja Biblia donde la madre escribía sus notas completan el legado. Fuerza un poco la vista para leer algunos de sus comentarios. “¡Las madres no hacen eso!”, subrayado en el Génesis, 25, 28; allí donde dice que “Rebeca amaba a Jacob”. Las palabras del cura resuenan en su cabeza “Blasfemos. Blasfemos aquellos que se atreven a dudar de la palabra de Dios. Se quemarán en el infierno”. Recuerda que mientras su madre escribía sobre la Biblia él se la imaginaba ardiendo. “No te preocupes, hijo” le decía, “Dios jamás abandonaría a quienes le aman de verdad”.

Valentín observa cómo la brasa se consume en la oscuridad.

Finalmente se recuesta sobre el camastro con la Biblia en el pecho, cerrando con fuerza los ojos para ahuyentar esas imágenes, hasta quedarse dormido.

SOCORRO

Los niños están sentados en el suelo imitando a Socorro cuya flexibilidad le permite sentarse en la posición de loto. Ella prepara su pipa mientras observa de reojo a los pequeños que no pierden detalle de la ceremonia. Se miran entre sí y sonríen, cómplices.

Las baldosas, negras y blancas, están dispuestas en damero. La cocina a leña está encendida y su fogón emite unos destellos que compiten con la luz amarillenta de la bombilla solitaria.

Socorro les cuenta mitos y leyendas de su tierra. El lobisón que engulle los niños sin bautizar, el Curupí con sus pies invertidos, su piel escamosa y sus orejas puntiagudas, la mujer vestida de blanco que seduce a los viajeros, etcétera. Sin la más mínima intención, sus relatos generan en los gemelos dudas y temores que tratan de confrontar con las certezas de su padre. Éste trata de convencer a Socorro de que las supersticiones de un pueblo no pueden ser modelos para la formación de sus hijos. Ella le dice en guaraní que “no hay nada feo si no nos miramos uno al otro”¹, asintiendo con la cabeza y prometiendo que no se repetirá.

¹ *Ndaipóri ivaíva nañoma'é'yrõ ojuehe.*

Valentín debe ser condescendiente con Socorro. De no ser por ella no podría hacerse cargo de los pequeños.

LAS CARTAS DEVUELTAS

Valentín verifica que está solo en la casa antes de abrir el cofre de madera. Sentado en la sala, conversa con el retrato de su madre. Le muestra las cartas devueltas, cerradas, una a una, repasando fecha y noticia de los matasellos. El monólogo es ciclotímico. Entre la adulación y la rabia, la inquietud y el delirio, camina por la sala desparramando sobres por todos lados.

Cuando llega al agotamiento se apresura a recogerlos y los deposita cuidadosamente en el cofre que cierra con llave y sale de la sala.

Su delirio le proyecta a los años felices. La madre preparando la comida y observándolos desde la ventana. Ellos correteando por el patio, escabulléndose entre nísperos y limoneros.

La madre reprendiéndolos por pisotear las lechugas o perseguir a los pollos que huyen despavoridos. Los tres comiendo felices en la mesa de la terraza, con la vista del barranco que se pierde en el mar.

SANTIAGO ASUME TODO EL RIESGO

Santiago da instrucciones a dos soldados. Estos traen a un reo encapuchado a la sala de interrogatorios. Es su hermano Valentín a quien, luego de una breve conversación, inyecta un calmante. Los soldados introducen al reo en el maletero de un Studebaker negro. Ambos se suben y esperan al capitán.

El capitán se acomoda detrás y enciende un cigarrillo. Los soldados arrastran el cuerpo inerte por la escalerilla mientras el capitán conversa con un hombre a quien entrega una maleta y un pequeño paquete. ¡Cuidado!, grita a los soldados que no prestan atención a los golpes que recibe el reo.

Lo acomodan en un camarote y vuelven al coche. De regreso al cuartel el capitán ordena detener el vehículo en un recodo del camino. Conversa con los soldados y les entrega unos billetes.

LUCÍA Y EL CORONEL

El coronel Montesdeoca es el jefe superior de las fuerzas en el Archipiélago. Conoce a Lucía porque siempre que fue posible acudió a su negocio para abastecer de máquinas y herramientas a sus cuarteles. Formó parte del elenco de pretendientes de la “ferretera”. Ahora tenía la oportunidad de encabezar la lista.

Sus modales eran correctos aunque sus intenciones estaban claras. La única forma de salvar la vida de su hijo era que fuera parte de la familia. Lucía aceptó a cambio de que su hijo quedara en libertad.

La vida de Lucía cambió radicalmente. La ferretería se convirtió en la sede de la comandancia donde el coronel despachaba sus asuntos. Los enseres de la vivienda que estaba sobre el negocio fueron trasladados a la residencia de campo. Ese sería su claustro. La única forma de contacto con la sociedad era su marido, alguna escapada que podía hacer con la connivencia del chofer y las furtivas visitas de su hijo Santiago.

Lucía toleró esta situación unos pocos años. Se reuniría por última vez con su hijo Santiago una mañana de otoño en la casa del risco.

EL ASALTO

Un grupo de uniformados baja rápidamente de un camión sin identificar. Arengados por el que parece ser su comandante, se distribuyen rápidamente a los lados de la calzada. Todos van con pasamontañas y armados con fusiles de repetición. Los encapuchados no se distinguen entre sí, salvo por su complexión. El viento sopla con fuerza levantando la hojarasca. La capucha de uno de los hombres se queda enganchada en el camión. El hombre que los dirige la descuelga y se la entrega mirando a todos lados. Arturo la coge sintiendo la firmeza en la mirada de su jefe. Agacha la cabeza y se dirige a su sitio.

Los anchos troncos de los plátanos permiten camuflarse perfectamente a los hombres. La tensión aumenta con el paso del tiempo. Las hojas secas revolotean alrededor de los parapetados. Se escucha una voz de alerta y aparece un Jeep del ejército. Los hombres salen de sus escondites y se despliegan en la calle cortándoles el paso. El Jeep se detiene y comienza la balacera. El silencio ahora es absoluto. Unos instantes después alguien grita “¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos!”. Todos suben al camión que se pierde en la esquina.

El Jeep comienza a perder gasolina. De pronto una de las puertas se abre y el torso ensangrentado de Ernesto se descuelga hacia el pavimento. Mientras la gasolina recorre la calle camino de la alcantarilla comienza a gotear. Las sirenas se confunden con los truenos que anuncian la tormenta.

CONTRA EL NAPALM

Los manifestantes se turnan para sostener las pancartas y evitar que se vuelen por los aires. El esfuerzo aumenta la camaradería. Las consignas se confunden con el silbar del viento. Al final de la calle se ve el edificio con la bandera de Estados Unidos. Todo parece en calma. Un rayo de sol ilumina el edificio enrejado.

Valentín se encuentra con su hijo Arturo. Conversan animadamente cuando se escucha un griterío en la cabecera de la manifestación. Desde las calles laterales aparecen los antidisturbios montados a caballo. Cargan contra la multitud. Valentín mira en derredor y sugiere a su hijo que busque refugio. Arturo se gira

tratando de localizar a los compañeros de su grupo cuando escucha el impacto de bala en el pecho de su padre. Intenta detener su caída pero no lo consigue. Ya en el suelo le pone su chaqueta bajo la cabeza y presiona la herida. Grita desesperado por una ambulancia mientras observa como, sin poder evitarlo, la sangre del pecho de su padre se escapa entre sus dedos.

Ha perdido el conocimiento. Lo suben a una ambulancia y Arturo consigue acomodarse junto a él.

Despierta camino del hospital e intercambia unas palabras con su hijo. La historia es confusa. Le habla de su hermano Santiago. De los gemelos. De cómo le ayudó a escapar de la cárcel. De las cartas devueltas y del destino de su madre y su hermano. Sabe que no saldrá de ésta y pide a su hijo que acabe con esa incertidumbre.

Arturo intenta quitarle la idea de la cabeza, tratando de convencerle de que él mismo, cuando sea posible regresará a Canarias y lo sabrá de los propios labios de su hermano, quizás de su madre. Pero ya no le escucha.

EVA AL DESNUDO

Arturo camina como un zombi por las calles vacías. La difuminada luz del atardecer es adecuada para cobijar a un joven desaliñado. Antes de entrar en la casa se mira las manos ensangrentadas y decide empujar la puerta con el hombro.

La puerta está cerrada. Sus manos temblorosas intentan poner la llave en la cerradura.

En la sala el uniforme de Ernesto está cuidadosamente desplegado sobre el sofá. La chaqueta, los pantalones, el kepis, el cinturón echo un ovillo perfecto, los guantes, el arma en su canana, todo dispuesto de tal modo sobre el sillón, ocupando completamente la superficie del mismo, en un alarde de poder.

Ernesto se sorprende pero Arturo lo tranquiliza, “no es su sangre, aunque... ”. Arturo avanza por la sala con las manos extendidas cuando sale Eva reclamando a Ernesto.

Eva suelta un alarido al verlo; en un gesto de pudor se cubre los pechos. Arturo se desploma de rodillas mirando alternativamente a su hermano, a su novia, al traje de soldado meticulosamente extendido sobre el sillón.

El silencio eterniza el momento. Los tres, dispuestos en los vértices de un triángulo imaginario, equidistante, congelados. El cuerpo desnudo de Eva tiembla. Las manos extendidas de Arturo exhibiendo la sangre de su padre. La duda del soldado vestido con un chándal está escrita en sus ojos que miran alternativamente su arma en el sofá y a su hermano Arturo.

Eva corre a vestirse y sale sin decir palabra. Ernesto, sin dejar de mirar a Arturo, indeciso sobre la posibilidad de coger su arma o salir tras ella, finalmente se decide por correr tras Eva.

DESPEDIDA

Hay mucha gente en el entierro de Valentín. Los profesores, los compañeros de Arturo y Ernesto, los colegas del partido comunista, Eva, doña Socorro y unos pocos vecinos.

Ernesto y sus compañeros uniformados conforman un grupo aislado y silencioso. Eva, cabizbaja, se aferra a Socorro que no puede reprimir las lágrimas. Arturo es acompañado por sus amigos de coloridos atuendos. Conversan animadamente tratando de animarlo.

La ceremonia es muy parca. El director del liceo donde Valentín dictaba el curso de historia hace su discurso, breve y emotivo. Un silencio incómodo culmina cuando a la demanda del director del instituto Arturo niega con la cabeza. Mira hacia el grupo de Ernesto pero este ni siquiera le devuelve la mirada.

Los funerarios alzan el ataúd y lo introducen en el nicho. Todos se retiran con sus respectivos grupos. Arturo se queda observando como los funcionarios del cementerio cubren con cemento los bordes de la tapa.

Una lápida sencilla reza “Arturo Pérez del Toro. 1915 – 1965”.

EVA EN DISCORDIA

Arturo y Ernesto discuten acaloradamente en el pasillo del instituto. A su alrededor sus amigos los azuzan festejando las ocurrencias. Eva camina por el corredor hacia el tumulto. Lleva cara de ser su primer día en el instituto.

Controla su pelo rojizo, lacio y largo con una vincha azul Francia que destaca su cara blanca y puntiaguda. Sigilosamente se va colando entre los muchachos del corrillo y su cabeza emerge sorprendida al ver a los gemelos discutir. Éstos la ven y no pueden continuar el debate. El círculo se abre y la cara de Eva adquiere un color rojo tomate. Todos ríen y los hermanos, abrazados como si nada hubiera ocurrido se presentan.

Suena el timbre y todos se dispersan. Antes de separarse los hermanos hacen señas de complicidad disputándose a la chica.

Eva es rápidamente incorporada a los grupos de camaradería que lideran los hermanos pero tiene que optar pues sus diferencias son irreconciliables. Es casi el final del curso por lo que su decisión se posterga gozando de la complicidad de ambos bandos. Se divierte saltando de uno en otro.

Ya en el verano la bondad de Arturo la seduce. Esto genera una crisis en el seno familiar. Ernesto ha decidido que no entrará en la Universidad sino en el Ejército. Son tiempos convulsos y recurre a su espíritu inquieto y deportista como argumento para justificar su aspiración. Su padre trata de disuadirlo y hasta

levanta la voz intentando imponerse, criticando las “legiones de testosterona” como un mal innecesario. Pero todo es en vano.

Arturo conoce a su hermano y sabe que los argumentos son falsos. Lo saca de la casa a la fuerza y trata de convencerlo pero su tozudez es inamovible.

NOS ODIARÁ POR ESTO

Los jefes del comando guerrillero se enfrentan por el asalto al Jeep del ejército. Es un enlace del Estado Mayor que dirige el teniente Pérez del Toro, hermano de Arturo.

Unos se oponen a que Arturo participe del comando. Otros, al contrario sostienen que “así se temple el acero”. Los argumentos se suceden hasta que la orden se impone y se acaba la discusión. Arturo participará como todos, “defendiendo su causa y la del pueblo”.

LA CIUDAD PATAS ARRIBA

Es el amanecer. La tierra sigue húmeda por el aguacero de la noche. El cielo encapotado. Desde el camino del cerro llegan camiones del ejército. Al llegar a la ciudad se dividen y comienza el ajetreo. Tiran puertas abajo, sacan a las personas como bolsas de papas y las meten en los camiones.

Todo está revuelto. Los teléfonos no paran de sonar para avisar que en la puerta está el ejército, enfurecido.

Un general aparece en los medios de comunicación. Se ha declarado el Estado de Sitio y todas las libertades están suspendidas. En las imágenes se ve al Presidente de la República empequeñecido entre los militares que han ocupado la Casa de Gobierno. Nadie sabe en qué terminará todo. Cientos de personas son apresados y se mantienen en custodia en un gran estadio cerrado a la espera de ser interrogados.

Arturo es novato y fiel. Nunca delataría a sus compañeros pero es incapaz de negar su participación en el asalto.

Los oficiales se muestran sorprendidos por la arrogancia del muchacho y uno de ellos para doblegarlo retuerce las palabras tratando de saber si el joven conocía la integración del grupo de soldados asesinados.

Arturo se desmorona al saber que el conductor del vehículo y Teniente a cargo de la compañía era su hermano Ernesto.

DUDAS EN LA PRISIÓN

Arturo está irreconocible. Enjuto y con la mirada perdida, su barba mal cuidada. El uniforme de la prisión mal abrochado. Habla solo y discute con su sombra.

Otro preso le ofrece un cigarrillo. Este niega con la cabeza. “Nadie sabía que tu hermano estaba en el Jeep”, le dice al oído. Arturo reacciona violentamente intentando ahorcar a su interlocutor acusándolo de mentiroso.

Algunos presos intentan separarlos hasta que llega la guardia y los separa a culatazos.

El paso del tiempo en la prisión y la asistencia de los compañeros le permite recuperar su espíritu y sus ganas de vivir. Años después se encontrará con el jefe de su brigada, quien coordinara el ataque. Pudo escapar a la Argentina pero tampoco allí estaba a salvo.

Era un hombre que inspiraba confianza. Le guiará en esta nueva etapa aunque sus dudas le carcomen apenas cierra los ojos en la soledad de su celda.

SOCORRO Y EL TRAPECISTA

Los niños se disputan el protagonismo ante el padre que escucha entusiasmado. Socorro se fugó de su casa cuando era joven. Al parecer un circo se instaló en las afueras del pueblo y ella se colaba por debajo de la lona y se quedaba escondida bajo las gradas para ver al trapecista hacer sus ensayos.

Era tan grácil en el aire y tan valiente, recuerdan los niños las palabras de su nana. Se espolvoreaba las manos con un polvo mágico que permanecía como una aureola rodeando el cuerpo casi desnudo del trapecista. Vladimir se llamaba pero

no era ruso. Era brasileño. Sólo que se había cambiado de nombre porque no hay trapecistas que se llaman Joao, Roberto o Junior.

La sorprendió un enano que le pellizcó el culo. Del sobresalto se golpeó la cabeza con una de las tablas aullando como una bestia. El trapecista se distrajo y cayó al vacío.

El circo se quedó sin trapecista durante todas las funciones del Chaco. Y ella, con un gran sentimiento de culpa o seducida por ese cuerpo tan fuerte como flexible, tan varonil y etéreo al mismo tiempo, se unió al circo que viajaba hacia el sur cruzando a la Argentina, con funciones programadas en Formosa, Santa Fe y Paraná. Cruzarían luego a Uruguay para sus últimas funciones Montevideo, antes de volverse a Brasil.

Nunca supo nada de su familia. Ignora si la buscaron, mucho o poco o si se alegraron por no tener que alimentar otra boca. El trapecista se recuperó en Montevideo, y resultó que no era tan bueno. En la primera sesión de entrenamiento con una gran expectativa por parte de toda la *troupe*, y esta vez sin que nadie lo distrajera, volvió a caerse pero en lugar de romperse un brazo, se rompió el cuello.

Lo enterraron en Montevideo y ella se quedó allí para siempre.

Con frecuencia Socorro se acerca al cementerio a escupir su tumba, maldiciendo su cuerpo inservible que jamás pudo poseer.

LOS HIJOS DE EVA

La multitud se agolpa frente a la cárcel. Se abren las puertas y comienzan a salir los presos liberados.

Los presentes cantan consignas que anuncian los nuevos tiempos. Hay pancartas que llevan su nombre.

La emoción se percibe en el ambiente. Los hombres barbados son vitoreados y se abrazan con los más cercanos. Arturo saluda con el brazo en alto con un sentimiento ambiguo. Ninguna cara le resulta familiar. Muchos desconocidos se acercan y lo saludan. Entre la gente cree ver a Eva con dos niños, dos muchachos de doce o trece años. Intenta acercarse pero el grupo le arrastra hacia la plaza donde se ha montado un estrado.

Sentado junto a sus compañeros no presta atención al discurso. Busca afanosamente a Eva entre la muchedumbre. Cuando termina el acto, se pierde entre el gentío tratando de no despreciar los saludos bienintencionados. Pregunta por ella pero nadie parece haberla visto.

Vuelve a su barrio pero todo está muy cambiado. Nadie sabe nada. Socorro ya no vive allí y su casa es una ruina.

La casa paterna también está en ruinas. Apenas una pared separa el espacio interior de la vereda. La puerta cede y Arturo se camina entre los escombros. El techo se ha desmoronado y las vigas cruzan el salón. El cofre de madera ha sido forzado y hay cartas desparramadas por todo el piso. La humedad y el polvo las

han hecho ilegibles. Recoge algunas de ellas y el papel se desgrana en sus manos como si todo fuera una ilusión. El retrato de Lucía sigue allí, colgado en el centro de la chimenea, protegido por parte del techo desplomado. Lo descuelga con cuidado pero la madera apolillada se deshace entre sus dedos. La foto está protegida por el vidrio y un fondo de madera que retira cuidadosamente. Entre la foto y la madera del fondo hay una nota. Es de una casa de empeños.

LA CASA DE EMPEÑOS

El encargado observa el papel carcomido. Mira al hombre que se lo ha entregado y cree reconocer al propietario. Su duda es resuelta inmediatamente al conocer la identidad de Arturo. “Claro, si es usted igual que su padre”. Los gemelos no han sido empeñados. Valentín había pagado para dejarlos en custodia. No sólo eso, también utilizaba la casa de empeños como una caja de ahorros. Allí tenía un seguro imposible de rastrear. Los bancos no son de fiar. Son una barriga resfriada. El viejo, con su mameluco, había descorrido la reja que separa el depósito de los clientes y había hecho entrar a Arturo. “No se imagina la cantidad de historias que hay en esos estantes” le decía “cada persona tiene necesidad de justificar su desprendimiento, pero yo reconozco la mentira”.

Arturo le cuenta que piensa volver a España para reconciliar a su padre con su hermano.

El encargado de la casa de empeños le palmea la espalda cariñosamente, deseándole suerte y pidiéndole que vuelva que aquí lo necesitan.

LA MALA CONCIENCIA

El viento azota la ventana y provoca silbidos inquietantes. Arturo cuenta a su tío la desesperación de su hermano por saber de su madre.

Santiago le muestra sus manos temblorosas. Cuando no temblaban, cuando tenían el poder de dar o quitar la vida hicieron ambas cosas. Pero no podía cargar con la muerte de su hermano. “Era una piltrafa cuando lo saqué de la cárcel y lo embarqué para América. Los soldados que obedecieron mis órdenes fueron juzgados por traidores. Los muy cabrones creyeron que si decían la verdad iban a ser indultados, se quedaron sin el pan y sin la torta. A mí, en cambio, no me fusilaron porque tu abuela aceptó casarse con el jefe de la unidad. Pero me dieron de baja con deshonra. Y todo para que a tu padre lo matara una bala sin nombre.”

Lo decía con resignación pero sin furia. Toda la familia estaba reunida y todo lo que les quedaba estaba en ese peñasco vapuleado por el viento.

“Si. Tu abuela me salvó la vida. Ella nos dio la libertad a los dos pero no pudo elegir la suya. Quise quitarme la vida para impedir que cometiera una locura pero no me atreví. Tenía que estar cerca para protegerla. Y no pude hacerlo. Cuando tuve valor para apretar el pescuezo de ese viejo hijo de puta tu abuela había escogido el camino de la libertad. Estuvo aquí, sentada en esa misma silla,

rezongándome porque no dejaba de fumar. Vino para despedirse y no fui capaz de darme cuenta que me pedía ayuda. Estuve veintisiete años en la cárcel. Y cargo con esa culpa. Pero no podía dejar que fusilaran a mi hermano”.

Arturo confiesa que ignoraba que en el asalto al comando del ejército estuviera su hermano. Era simplemente una represalia, una demostración de poder de la organización. Sus actos siempre habían tenido un sentido de la ética, de la responsabilidad. Habían sido siempre con un espíritu propagandístico pero “en ese acto se nos fue la cordura”.

“Cuando salí de la cárcel me trataron como un héroe. Pero a mí, lo único que me interesaba era encontrar una cara familiar, algo que me recordara mi condición humana y que me permitiera continuar”.

EL ÚLTIMO BARCO

Santiago sube al risco con más dificultad que de costumbre. El viento sopla con fuerza y la visita de su sobrino le ha dejado un vacío inmenso.

Se sienta a ver la silueta de un barco, cualquier barco que puede ser el barco que lleva en su cascarón azul la última esperanza familiar.

Recuerda su último barco. Estaría en el puente tres horas hasta que zarpara “La Bretaña”. No podía correr el riesgo de que su hermano se bajara. Sus luces se perderían en el horizonte casi al alba.

Cuando finalmente se pierde en el horizonte comienza su descenso del risco, su último descenso. Ya no le queda nada, no tiene por qué ser cuidadoso en la bajada. Tira el bastón con fuerza hacia el vacío.

EL CORONEL YA NO TIENE QUIEN LE QUIERA

Santiago había frecuentado la residencia de campo y los perros no eran problema. Siempre le hicieron fiesta al llegar pero esa noche le esperaban con dolor, compartiendo el duelo, concientes de la ausencia de doña Lucía.

Él se abrazó a sus grandes cuerpos transmitiendo afecto y pesar. Los nobles animales hicieron una piña en el suelo y se le quedaron mirando mientras Santiago caminaba decidido hacia la casa.

El coronel esta solo en la sala. Suena “La condenación de Fausto”, de Berlioz. Santiago le observa por la ventana. Camina de un sitio a otro, bebiendo sin control y mascullando por lo bajo.

Su ira se incrementa y en determinado momento se para en seco. Santiago cree que ha sido descubierto y se retira un poco de la ventana. El coronel se acerca al fonógrafo y lo mira con odio. Coge el disco y lo parte. No satisfecho con eso golpea con fuerza el aparato contra el suelo. El silencio lo cubre todo. Se sienta y cierra los ojos presionando los posabrazos hasta romperse las uñas.

Cuando los abre ve a Santiago apuntándole con un arma. El coronel sonrío inamovible. Lo desafía pero Santiago no pronuncia palabra; acerca lentamente la pistola al corazón del hombre uniformado y dispara. Los ojos del coronel se abren desorbitadamente y su última palabra queda dibujada en el la boca abierta, protegida por sus grandes bigotes.

Sale a calmar a los perros que ladran atropelladamente. Vuelve a entrar. Deja el arma sobre la mesa y coge el teléfono.

Mira el cuadro que el coronel mandara pintar a su madre y cuelga el aparato.

LA PARED VACÍA

Santiago está sentado frente al coronel que sigue con los ojos y la boca abiertos. Aguarda, con calma, sin perderle de vista.

Las sirenas alteran a los perros. Santiago no se mueve de su sitio. Escucha, disfrutando el griterío de los policías con los perros hasta que oye un disparo. Sale intempestivamente y llama a los perros que se repliegan tras él.

Esposado y conducido al patio donde está aparcado el furgón; se voltea para ver la pared donde estaba el cuadro de Lucía.

LA IMPORTANCIA DE LLAMARSE ERNESTO

Eva entra en la casa de Arturo, como es su costumbre, sin llamar. Ernesto cruza la sala con una toalla por la cintura. Desnudos son iguales. Ella se tira en sus brazos besándolo apasionadamente. Ernesto le deja hacer. Pero Eva, reconociendo su error, se aparta rápidamente. Él la toma por las manos y la mira profundamente a los ojos. Ella se siente confundida, seducida, atrapada. Mira a un costado y ve el uniforme, cuidadosamente extendido sobre el sofá. Intenta, sin mucho esfuerzo soltarse las manos. Él se acerca, decidido. Ella lo mira con una sonrisa cómplice. La empuja despacio contra la pared y le levanta los brazos. Cuando se los suelta ella los deja arriba mientras él, con urgencia pero con delicadeza le quita la ropa y se funden en un desesperado acto. Una pasión desenfrenada los arrastra por toda la casa, recuperando todos los espacios donde su amor pudo acometerse durante todo el tiempo perdido.

VISTA DEL PALACIO SALVO

Arturo decide volver en barco. Necesita pensar y aunque tenía urgencia por encontrar a Eva quiere hacer el mismo viaje que su padre.

No trae nada en los bolsillos pero si la calma interior. Y la imagen de su padre recuperada en el tío que le acompaña.

El barco se mece dejando atrás el puerto que pronto se convierte en isla para convertirse en unos puntitos en el horizonte.

Gemelos

TRATAMIENTO LITERARIO

Autor: Luis Volonté

La estela blanca marca el camino. Señala la tierra donde un tiempo fue feliz.

Es el amanecer y en el puerto todavía hay luces encendidas. La silueta del Palacio Salvo todavía se distingue entre los altos edificios pero a la llegada de nuestro padre tiene que haber sido una imagen impactante, llena de misterio y esperanza.